

UNA RED QUE CRECE DE LAS AULAS A LOS TERRITORIOS: TEJIENDO SABERES Y VÍNCULOS DESDE LAS VOCES ESTUDIANTILES



UNIVERSIDAD DE CHILE

Editoras: Antonia Amalet Carrasco, Beatriz Rahmer y Andrea Chavez Michaelsen

Con los testimonios estudiantiles de:

Universidad de Chile, Chile

Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia

Universidad de Colima, México

Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú

Traducción y ediciones: Andrea Chávez Michaelsen y Ada Inman

Diseño y maquetación: Ada Inman y Mariana Mezzacappa

**ALIANZAS EDUCATIVAS PARA LA INNOVACIÓN COMUNITARIA
DIVISIÓN REGIONAL AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE**

ISBN 979-8-9953112-1-8
2026

Para citar: Amalet Carrasco, A., Rahmer, B., Chavez Michaelsen, A. (2026). Una red que crece de las aulas a los territorios: Tejiendo saberes y vínculos desde las voces estudiantiles. Universidad de Chile, Educational Partnership for Innovation in Communities Network (EPIC-N).

Red de Alianzas Educativas para la Innovación en Comunidades (EPIC-N)

Dirección: 5936 Seminole Centre Ct, #105, Fitchburg, WI 53711

E-mail: info@epicn.org

www.epicn.org

Director ejecutivo: Joel Rogers

Las opiniones expresadas en los artículos representan la visión personal de sus respectivos autores, no necesariamente la de los editores.

ÍNDICE

1. El Punto de Partida: Cuando Aprender se Convierte en Acción.....	4
2. Entre Mundos: la Interfaz EPIC como Espacio de Cooperación y Prácticas de 3 Traducción	5
a. La Lógica de la Interfaz	6
b. Un Modelo que Traduce y Amplifica	8
c. Desafiar la idea Tradicional de la Academia	8
d. Colaborar para Integrar Perspectivas	9
e. Incidir y Transformar desde la Cooperación	10
3. Los comienzos: Motivaciones, Encuentros y Horizontes del Estudiantado	13
a. El Punto de Partida	13
b. Expectativas y Primeras Aproximaciones	15
c. El Eco de lo Vivido	17
4. Acciones Estudiantiles que dan Sentido	18
a. Acciones que Generan Conocimiento	18
b. Acciones que Fortalecen la Justicia y la Colaboración Institucional	19
c. Acciones que Tejen Comunidad	20
d. Acciones que Enseñan a Liderar	21
5. La Trama del Aprendizaje: Experiencias, Vínculos y Saberes Compartidos	22
6. Así Afrontamos los Desafíos: Sostener(se) en Comunidad	29
7. Que lo Superior sea la Educación	34
a. El Deseo de Permanecer	34
b. Hacia una Educación con Sentido	37
8. Reflexiones para un Futuro Compartido	41
a. Mirar hacia Adelante: Deseos de Continuidad	41
b. Consejos para Quienes Vienen	42
9. Agradecimientos	45

El punto de partida: Cuando Aprender se Convierte en Acción

En el presente libro electrónico se reúnen voces que se encuentran en distintos puntos de América Latina, pero que dialogan desde un mismo impulso: comprender cómo la universidad puede transformar tanto la formación profesional como los territorios que la rodean. En estas páginas se entrelazan historias de estudiantes y egresadas que, desde disciplinas, contextos y acentos distintos, han encontrado en la experiencia universitaria un modo de comprometerse con lo común.

Desde las aulas de Bucaramanga, Colima, Lima y Santiago emergen proyectos que trascienden lo académico. María Thereza, María Lucía y Diana, desde Colombia, participaron en iniciativas en las que el Derecho se convirtió en una herramienta de inclusión y de defensa de los derechos humanos. Florangel, Shirley y José César, desde Perú, llevaron su conocimiento jurídico a la defensa ambiental. En México, Nancy y sus compañeros de la Universidad de Colima aprendieron sobre las abejas y los apicultores locales.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

En Chile, María Jesús y Nicolás de la Universidad de Chile acompañaron a mujeres emprendedoras que buscaban fortalecer sus proyectos y su autonomía, demostrando que la innovación también puede tener un rostro social y cotidiano.

Aunque sus trayectorias se desarrollan en distintos países, estas experiencias comparten una misma orientación: el deseo de aprender haciendo, de construir conocimiento con otros y de que la universidad no se limite a observar la realidad, sino que la transforme junto a quienes la habitan.

Lo que aquí se presenta no son solo proyectos académicos, sino trayectorias significativas que dejan huella en quienes participan y en las comunidades con las que se vinculan. Son relatos que muestran cómo la educación superior, al abrirse al territorio, también puede ser un espacio de esperanza y transformación.

Entre Mundos: la Interfaz EPIC como Espacio de Cooperación y Prácticas de Traducción

¿Cómo colaboramos cuando los problemas ya no caben en un solo sector, ministerio o disciplina? ¿Cómo se conversa entre quienes hablan lenguajes distintos, el técnico, el político, el comunitario, el académico y que sin embargo comparten una misma urgencia?

En tiempos de desafíos complejos, de los llamados **Problemas Perversos**, con múltiples agendas, las universidades y las comunidades buscan nuevas formas de pensar y de actuar juntas. ¿Dónde ocurre ese encuentro? ¿Qué lo hace posible?

El modelo EPIC surge como una respuesta concreta a esa pregunta: una forma ágil y viva de articular esfuerzos y entrelazar conversaciones entre mundos que antes avanzaban en paralelo. Su propuesta es sencilla en apariencia, pero profunda en sus efectos: conectar las capacidades existentes de las universidades —su capital humano avanzado, sus áreas de conocimiento, redes, laboratorios, bibliotecas, cursos, docentes y estudiantes — con las necesidades reales de los territorios.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Más que crear nuevas estructuras, EPIC propone activar las que ya existen, hacerlas dialogar entre sí y orientarlas hacia un propósito común. En esa lógica, la universidad deja de ser un observador distante para convertirse en un actor del territorio.

Las aulas se abren; equipos y cursos se expanden hacia los municipios, los campos, las calles. Los y las estudiantes aprenden desde la experiencia y los saberes se vuelven acción compartida. Lo que antes era un proyecto académico se convierte en una práctica cívica.

La Lógica de la Interfaz

En términos técnicos, puede decirse que EPIC funciona como una interfaz, pero no cualquiera: una que traduce, sincroniza y crea sentido entre mundos que normalmente no dialogan.

En informática, una interfaz es la unión que se establece entre dos sistemas independientes para permitir la comunicación y el funcionamiento conjunto. Por ejemplo, el teclado convierte pulsaciones en palabras, el micrófono transforma la voz en datos, el ícono de una nube abre un universo de archivos invisibles.

En la lógica EPIC sucede lo mismo.

La interfaz es el espacio relacional en el que la universidad, el Estado y las comunidades aprenden a trabajar juntos sin perder sus identidades. Allí, los tiempos del calendario académico se encuentran con los ritmos del territorio; los informes técnicos dialogan con los relatos locales; los diagnósticos se convierten en conversaciones.

EPIC actúa como un ecosistema de mediación, donde las estructuras existentes —facultades, oficinas y centros— se activan, se traducen y se reorientan hacia lo común.

Este tipo de mediaciones funciona como un puente cognitivo y social que transforma la información en acción. En esa línea, el modelo EPIC se asemeja a figuras que no imponen una sola visión, sino que amplían las alternativas posibles y hacen visibles los márgenes de decisión.

En lugar de decir “qué hacer”, abre el espacio para que decidamos juntos cómo hacerlo.

En la práctica, esto se traduce en los roles de los coordinadores académicos EPIC y coordinadores comunitarios/municipales EPIC, verdaderos **movilizadores** que median entre los catálogos universitarios y las prioridades locales, entre las aulas y los consejos municipales, entre las ideas y las urgencias. Pero no actúan solos; están involucrados estudiantes, docentes, funcionarios y profesionales. Cada reunión, cada taller, cada visita a terreno se convierte en un nodo de interfaz, donde el conocimiento circula en doble sentido.

Los testimonios lo explican con claridad. Cuando un grupo de estudiantes de derecho en Perú trabaja junto a fiscales para proteger el medio ambiente, o cuando jóvenes en México aprenden de los apicultores locales sobre las variaciones del polen, la interfaz es la conversación que los une. Como recuerda una estudiante,

“La metodología diseñada para la investigación requería la participación y constante de todo el equipo, lo que favoreció una colaboración armónica entre nosotros... y nos fue posible fortalecer la confianza mutua y los lazos con los actores clave de la comunidad.”

— *María Valencia, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Esa confianza es la materia prima de la interfaz. Así, la interfaz EPIC no traduce solo lenguajes; traduce mundos. Y en esa práctica cotidiana de traducir, escuchar y construir en conjunto, redefine el papel de la universidad, donde antes la academia mantenía la distancia del experto; EPIC invita a aprender con las comunidades y no solo sobre ellas. Las herramientas metodológicas dejan de ser protocolos y se convierten en vínculos; los resultados, más que productos, son procesos de reconocimiento mutuo.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Un Modelo que Traduce y Amplifica

En América Latina, el modelo EPIC adquirió un pulso propio. Aquí, las universidades no solo buscan eficiencia o gestión, sino también reparación, justicia y reconocimiento. Cada alianza universitaria con una comunidad se convierte en un espacio donde los saberes situados dialogan con los lenguajes técnicos y se negocian significados que combinan lo metodológico con las sensibilidades políticas y cotidianas. Es en esa intersección —entre lo académico, lo comunitario y lo cotidiano— cuando EPIC cobra vida: articulando perspectivas, recursos y tiempos diversos para producir una incidencia concreta en la vida de las personas.

Desafiar la idea Tradicional de la Academia

Uno de los aprendizajes más visibles en los proyectos de la red es el desplazamiento de la universidad desde su lugar tradicional como agente externo, desafiando la concepción heredada de que la academia es la única generadora de conocimiento y proponiendo una relación distinta con los territorios, en la que todos los actores saben, aportan y enseñan.

“El aprendizaje más relevante fue consolidar una postura que desafía la concepción tradicional de la academia como la única generadora de conocimiento. Esta experiencia me permitió descubrir lo contrario: fue la comunidad la que, a través de sus vivencias y saberes, aportó un conocimiento invaluable, y la academia actuó como un puente que facilitó el intercambio y la construcción conjunta.”

— *María Valencia, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

En este reconocimiento mutuo, la universidad deja de hablar **sobre** la comunidad y comienza a hablar con ella. El conocimiento se vuelve un proceso de ida y vuelta, en el que la teoría se revisa a la luz de la experiencia y la práctica se enriquece con la reflexión.

Colaborar para Integrar Perspectivas

Una vez que esa distancia epistemológica se reduce, la colaboración emerge como una práctica sustantiva. El caso de Colombia lo demuestra con fuerza. En la Universidad Autónoma de Bucaramanga, el modelo EPIC se convirtió en un marco para construir la paz a partir del conocimiento compartido. Los proyectos fueron espacios de encuentro entre víctimas, excombatientes, servidores públicos y organizaciones de base. El conocimiento se convirtió en una herramienta de reconstrucción social y política y en un medio para visibilizar lo que antes permanecía fragmentado.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

“Este enfoque colaborativo resultó en una mayor integración de perspectivas diversas, lo que favoreció la creación de un ambiente más inclusivo y participativo. En cuanto al impacto final, el proyecto contribuyó a consolidar y dar visibilidad a las opiniones de múltiples organizaciones de base. Esto permitió un enfoque más integral y plural sobre la reparación, en el que todas las voces fueron escuchadas.”

— *María Valencia, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

A partir de estos procesos, la colaboración deja de ser un ejercicio operativo y se convierte en una forma de producir conocimiento colectivo y de reconstruir vínculos sociales. Se crean condiciones para que distintas perspectivas convivan y se reconozcan como necesarias.

Incidir y Transformar desde la Cooperación

El siguiente paso en este recorrido es la incidencia, cuando la colaboración comienza a dejar huellas más allá de los equipos que la originaron. Es el punto en el que la docencia y la investigación se abren paso al ámbito público, transformándose en acción colectiva y en política concreta. En este tránsito, los proyectos EPIC actúan como puentes que conectan el conocimiento con la decisión y el aula con la vida cívica.

En la Pontificia Universidad Católica del Perú, un grupo de docentes y estudiantes de Derecho trabajó junto a fiscales ambientales para proteger humedales amenazados por la expansión urbana. Lo que nació como un proyecto académico se transformó en una intervención concreta en las políticas locales y en la práctica institucional de la justicia ambiental. El derecho se convirtió en una herramienta de defensa ecológica y el aprendizaje en un medio para modificar las decisiones públicas.

“La importancia de la interdisciplinariedad y de un enfoque intercultural (...) así como de conversar con quienes incidimos. Para seguir impactando y compartiendo qué acciones se toman desde la academia, así como la importancia de la cooperación entre instituciones y la sociedad civil.”

— *Florangel Camargo, Pontificia Universidad Católica del Perú.*

La experiencia peruana muestra cómo EPIC amplifica, no repitiendo sino extendiendo, los efectos del aprendizaje hacia la gestión pública, las redes de cooperación y las decisiones colectivas. La interfaz, al operar como espacio de traducción entre actores, también se convierte en una estructura de incidencia; se vuelve un mecanismo que hace circular el conocimiento entre distintos niveles y permite que las ideas se vuelvan acción.

Cabe precisar que estos espacios formativos se concibieron como instancias en las que el aprendizaje se construyó en relación con el territorio y con actores externos al ámbito universitario, desplazando el énfasis desde la transmisión de contenidos hacia experiencias situadas.

“Durante estos espacios siempre se resaltó la importancia de que la academia, en especial los estudiantes en formación, escuchara a la comunidad. Salieran de las aulas para tener un contacto directo con la realidad de su región. Adicionalmente, las autoridades de la ciudad, como tomadores de decisiones en materia de política pública, destacaron la importancia, relevancia y pertinencia de estos eventos de socialización de resultados de nuestros proyectos de investigación para la adopción e implementación de políticas públicas.”

— *María Rivero, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*



El testimonio de María Rivero ofrece una clave para entender la dimensión relacional de la incidencia: la cooperación no se limita a firmar convenios o a transferir informes, sino a construir confianza, legitimidad y continuidad entre la universidad, el Estado y la comunidad. Allí donde las fronteras disciplinarias o institucionales suelen fragmentar la acción, los proyectos EPIC tejen una trama común.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

En definitiva, incidir desde la cooperación es aprender a compartir la responsabilidad del presente. Es reconocer que las transformaciones más duraderas no provienen de una sola institución, sino de las alianzas que sostienen la escucha, el respeto y la cocreación. Cuando la universidad actúa junto a otros, el conocimiento deja de ser un fin en sí mismo y se convierte en una fuerza pública y en una herramienta para construir el futuro.

Los Comienzos: Motivaciones, Encuentros y Horizontes del Estudiantado

El Punto de Partida

Todo proyecto empieza con una pregunta. A veces tan sencilla como **¿Qué espero de esto?** Otras, más profundas: **¿Para qué estudio lo que estudio? ¿A quién puede servirle lo que estoy aprendiendo?** Así nacen las experiencias que hoy componen este escrito: la curiosidad, la búsqueda y el deseo de poner el conocimiento en movimiento.

Cada historia empieza con una intuición. No siempre con un plan ni con un mapa claro, sino con ese impulso que nos impulsa a dar el primer paso. Así llegaron los estudiantes a los proyectos EPIC, unos por curiosidad, otros por vocación, otros por una mezcla de ambas cosas.

Algunos querían vivir su carrera “en la práctica”, comprobar si la teoría resistía el contacto con la realidad. Otros buscaban aportar algo al territorio del que provenían, devolver lo aprendido. También hubo quienes simplemente sintieron el impulso de involucrarse en algo colectivo, sin saber del todo qué encontrarían.

“Esperaba aprender sobre la interacción entre las prácticas apícolas y la biodiversidad, así como generar un impacto positivo al proponer estrategias que beneficiaran a los productores locales. También esperaba fortalecer mis habilidades en investigación de campo y en análisis científico.”

— *Estudiante, Universidad de Colima.*

En esa diversidad de motivaciones se adivina el pulso de una generación que no se conforma con observar. Son jóvenes que desean involucrarse y sospechan que el aprendizaje tiene más sentido cuando se experimenta con otros.

Así lo expresó una estudiante al recordar sus inicios en el proyecto:

“Mi motivación para involucrarme en este proyecto tiene una raíz profundamente personal. Nací en Cúcuta, una ciudad marcada por políticas que, históricamente, han considerado al Catatumbo como un territorio lejano, olvidado y estigmatizado. Durante años, escuché hablar del Catatumbo únicamente a través de prejuicios y estigmas. Esta investigación me permitió comprender sus dinámicas y explorar cómo, desde sus propios actores, podríamos contribuir a reconstruir un tejido social más sano y solidario.”

— *María Valencia, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Su testimonio nos hace ver uno de los motores más hondos de estas experiencias: María no buscaba solo cumplir una práctica universitaria, sino reconciliarse con su propio territorio. Su relato ilumina el sentido de este apartado: mirar los comienzos, los porqués de quienes decidieron participar.

Expectativas y Primeras Aproximaciones

Las motivaciones iniciales no siempre venían cargadas de grandes palabras. Algunas eran sencillas **“ver cómo funciona en la vida real lo que aprendemos en clase”, “aportar desde mi carrera”, “entender cómo se toman las decisiones que cambian las cosas”**

“Tenía la convicción de que sería un espacio de aprendizaje constante y de apertura a nuevos conocimientos sobre el derecho en acción y sobre temas ambientales. Desde mi posición de voluntaria quería contribuir en lo que pudiera. Esperaba que los proyectos fueran puntos de impacto en los ámbitos académico, ambiental y social.”

— *Shirley Bautista, Pontificia Universidad Católica del Perú.*

En su relato, la expectativa es participar, “ser parte de algo más grande”. Lo que comenzó como requisito se convierte en compromiso; lo que era una tarea se vuelve propósito. Tal como lo recuerda José, fue un punto de inflexión:

“Me brindó mayor esperanza sobre el rol del trabajo comunitario. Conocí a estudiantes y profesionales comprometidos con la lucha contra los problemas ambientales de nuestro país. La experiencia reforzó mi interés por involucrarme y aportar mediante acciones orientadas a la protección del medio ambiente.”

— *José Remigio, Pontificia Universidad Católica del Perú.*

En esas palabras pasamos de las expectativas a la convicción. Lo que al principio se veía como una oportunidad profesional se convierte en una toma de posición ética. José no solo observa el trabajo comunitario; se reconoce en él. En su voz se advierte la transición de la expectativa a la convicción, de la idea de “aprender” a la de “comprometerse”.

Del mismo modo, Nancy Flores, química mexicana, describe el proceso con la serenidad de quien descubre que la ciencia también agrega valor:

“Ha permitido que los apicultores obtengan datos específicos de sus productos, agregando valor a estos, además de conocer ubicaciones seguras para sus colmenas. En las reuniones compartimos experiencias en beneficio de toda la comunidad. Los apicultores nos enseñaron tanto como nosotros a ellos.”

— Nancy Flores, *Universidad de Colima*.



Créditos de Fotografía: Universidad de Colima

Su relato muestra que la colaboración no resta rigor científico, sino que le añade profundidad y sentido. En ese intercambio entre colmenas y laboratorios, los datos adquieren contexto y la práctica científica se reconoce como parte de una red más amplia de conocimientos.

La expectativa inicial de “**hacer ciencia**” se transforma en algo mayor: comprender que todo conocimiento, incluso el más especializado, genera valor cuando se comparte, se discute y se enlaza con otros modos de saber. Nancy no solo midió muestras, sino que produjo relaciones, vínculos y aprendizajes recíprocos. Y en ese gesto, la ciencia deja de ser un campo cerrado para convertirse en un territorio común. Y en ese gesto, la ciencia deja de ser un campo cerrado para convertirse en un territorio común.

El Eco de lo Vivido

A medida que los días pasan, las motivaciones se amplían. Aparecen vínculos inesperados, amistades nuevas, ideas que se comparten. El proyecto se convierte en una trama en la que la emoción y la experiencia van de la mano. Desde Colombia, lo narra con la fuerza de quien fue testigo de ese encuentro:

“La primera actividad del Programa de Acción Universitaria para la Migración me marcó la vida: una brigada de atención humanitaria y psicosocial a la población migrante venezolana. Ver los rostros de felicidad de estas personas al recibir alimentos, atención y cuidados médicos fue emocionante, porque me reafirmó que valía la pena apostar por esta iniciativa.”

— *María Lucía Rivero, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

También en Perú, se describe una emoción parecida:

“Fue una experiencia enriquecedora desde la retroalimentación, actualización y aprendizaje de conocimientos...aplicar diversas herramientas jurídicas a través de casos reales que en la CJA los estudiantes han desarrollado.”

— *Shirley Bautista, Pontificia Universidad Católica del Perú.*

Detrás de sus palabras hay algo más que gratitud: reconocimiento, pertenencia, comunidad. Entonces, para muchos, estos proyectos fueron el lugar donde encontraron sentido. Algunos lo llaman vocación; otros, descubrimiento. Pero en todos se repite un hilo, la certeza de que vale la pena participar. En sus relatos, los estudiantes mencionan tanto los resultados como lo que cambió en ellos, es decir, la manera de mirar, de escuchar, de involucrarse. Sus motivaciones iniciales, tan distintas entre sí, convergen en algo común: ese momento en que la universidad se abre y deja de formar solo profesionales para acompañar trayectorias de vida.

Acciones Estudiantiles que dan Sentido

Ahora, nos detendremos brevemente en el hacer: en las tareas y responsabilidades que los y las estudiantes asumieron en los proyectos y en los valores que esas prácticas movilizan. Y es que lo que hacen no es accesorio ni labores auxiliares; son actividades que tienen incidencia real en comunidades, instituciones y territorios.

Al observarlas en conjunto, emerge una trama de acciones que integran investigación, gestión, acompañamiento, comunicación y servicio. Cada tarea — ya sea recolectar muestras, redactar informes, organizar talleres o coordinar equipos— también es una práctica ética, porque encarna principios de interés público, justicia social, liderazgo y colaboración. El hacer, en EPIC, no es sólo operativo; es político en el mejor sentido del término, pues orienta la acción hacia el bien común.

Acciones que Generan Conocimiento

Los proyectos EPIC muestran una gran diversidad de actividades que integran ciencia, derecho, gestión y participación comunitaria. En México, el equipo de la Universidad de Colima desarrolló un trabajo de investigación aplicada con productores apícolas:



“Recolectamos y preparamos muestras de polen; realizamos análisis microscópicos para identificar especies vegetales en las muestras de miel; redactamos informes y difundimos los resultados a la comunidad.”

— **Estudiante, Universidad de Colima.**

Estas acciones, aparentemente técnicas, vinculan la precisión científica con el cuidado del entorno. Nancy Flores amplía la descripción, mostrando el nivel de profundidad y compromiso de la labor:

“Determinamos el origen botánico del polen colectado, medimos la riqueza y la diversidad ecológicas, identificamos fenoles y flavonoides mediante técnicas cromatográficas, cuantificamos metales pesados y plaguicidas, y relacionamos esos datos con decisiones para obtener un producto más seguro y nutritivo.”

— *Nancy Flores, Universidad de Colima.*

El trabajo científico se convierte así en una práctica de responsabilidad: investigar para cuidar, no solo para saber. Cada análisis, en este ejemplo, representa una decisión ética sobre la seguridad alimentaria, la salud del ecosistema y la sustentabilidad local.

Acciones que Fortalecen la Justicia y la Colaboración Institucional

En el ámbito jurídico, los estudiantes se incorporan a procesos orientados a fortalecer la transparencia, la justicia y el acceso a los derechos. Shirley Bautista describe las tareas que asumió dentro de la Clínica Jurídica Ambiental (CJA):

“Estuve apoyando el caso de la Ley Antiforestal. Se marcó como objetivo desarrollar un informe sobre este tema, enfatizando los puntos claves de las repercusiones y visualizar temas asociados a aquella ley y cómo puede impactar en materia ambiental...”

— *Shirley Bautista, Pontificia Universidad Católica del Perú.*



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Su compañero José Remigio complementa esta mirada, enfatizando la relación entre práctica legal y bien público:

“Analizamos la normativa en materia de fauna silvestre para identificar vacíos; participamos en reuniones con especialistas; expusimos avances; redactamos una solicitud de acceso a información pública al Gobierno Regional de Loreto; y viajamos a Madre de Dios para conocer de cerca el tráfico ilícito de fauna silvestre.”

— *José Remigio, Pontificia Universidad Católica del Perú.*

Estos relatos muestran que el hacer jurídico no es una simulación ni un ejercicio abstracto. Es una práctica situada en la vida pública que entrena a los estudiantes en la defensa de los bienes comunes, la gestión transparente y el trabajo interdisciplinario. Cada acción concreta, como investigar, argumentar, solicitar información, viajar al campo, se convierte en un acto de ciudadanía activa.

Acciones que Tejen Comunidad

En Colombia, las y los estudiantes de la Universidad Autónoma de Bucaramanga participaron en proyectos de investigación sobre la paz y la memoria. María Valencia lo resume en una descripción que combina lo académico, lo organizativo y lo relacional:

“Fui parte de la elaboración de documentos teóricos que sustentaron la base conceptual del estudio y participé en la planificación y organización de grupos focales y entrevistas. Estos encuentros con los actores del territorio fueron esenciales no solo para recopilar información,

sino también para establecer relaciones cercanas y respetuosas. Además, organizamos un evento científico que reunió a actores clave del territorio para compartir avances y fortalecer los vínculos con la comunidad.”

— *María Valencia, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

En este tipo de experiencias, el valor no reside solo en el producto de la investigación, sino en el proceso mismo de escuchar, coordinar, facilitar, sostener la conversación. Cada reunión, cada entrevista y cada evento son formas de construir confianza, entendimiento y paz desde la práctica universitaria.

Acciones que Enseñan a Liderar



Créditos de Fotografía: Universidad de Chile

Desde Chile, María Chacón aporta una mirada que integra gestión, docencia y comunicación:

“Participé como representante de SODEUCH, trabajando en la planificación y la coordinación con los profesores, así como en los objetivos generales. También impartí clases sobre habilidades comunicativas.”

— *María Chacón, Universidad de Chile.*

Este tipo de experiencia muestra que el liderazgo no es vertical, sino colaborativo y formativo. Los estudiantes lideran al mismo tiempo que aprenden, guiando procesos, acompañando pares, generando condiciones de participación.

La Trama del Aprendizaje: Experiencias, Vínculos y Saberes Compartidos

En los proyectos EPIC, aprender nunca fue un acto aislado. Ocurre en la conversación, en el error, en la práctica y en la emoción compartida. El aula se expande hacia el territorio y el territorio devuelve a la universidad un aprendizaje vivo que no cabe en los márgenes de una rúbrica.

Cada proyecto EPIC demuestra que el aprendizaje es un proceso integral: combina razón y sensibilidad, pensamiento y acción, teoría y práctica. A través de metodologías diversas desde el Aprendizaje Basado en Problemas (ABP) hasta el Aprendizaje y Servicio (A+S), pasando por el Aprendizaje Basado en Proyectos (ABP), la Docencia Clínica o las Comunidades de Práctica. Las y los estudiantes experimentan la educación como una trama de vínculos, desafíos y descubrimientos. Más que aplicar técnicas, aprenden a habitar el conocimiento, a dialogar con otros mundos, a construir sentido colectivo frente a los problemas reales del entorno.



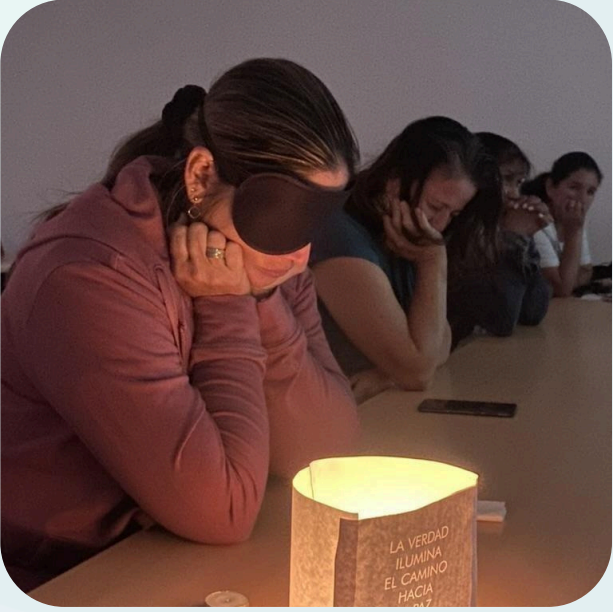
Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

En el corazón de estos procesos, el aprendizaje adquiere múltiples dimensiones, que se entrelazan y se potencian mutuamente, tales como:

- Académico y disciplinar: consolidan teorías, conceptos y metodologías aplicadas en contextos reales, transformando los contenidos en herramientas de acción.
- Profesional y práctico: desarrollan habilidades de análisis, planificación, gestión y resolución colaborativa de problemas sociales y organizacionales.
- Interpersonal y relacional: fortalecen la empatía, la comunicación y la escucha activa en diversas comunidades de práctica.
- Ética y emocional: reconocen el valor del cuidado, la reciprocidad y la responsabilidad social en la construcción de conocimiento compartido.
- Vital y transformador: genera cambios de perspectiva y de propósito, acompañando las trayectorias personales más allá del proyecto.

El aprendizaje, en estos proyectos, comienza mucho antes de que alguien lo reconozca como tal. Las y los estudiantes llegan con una mochila llena de teorías, métodos y conceptos; saben de leyes, de economía, de química, de gestión. Pero al encontrarse con los actores locales, con las comunidades y sus ritmos, descubren que el conocimiento no siempre se parece a lo que aprendieron en clase.

En esos espacios se produce un encuentro de saberes. El aprendizaje deja de ser un intercambio disciplinar para convertirse en un diálogo entre formas de vida, entre el conocimiento científico y los saberes populares, entre la palabra escrita y la memoria oral, entre la mirada experta y la experiencia cotidiana.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

“Aprendí que la construcción de paz y el fortalecimiento de procesos comunitarios se logran cuando se valoran, potencian y articulan esos saberes con los conocimientos académicos, en un trabajo conjunto y colaborativo”

— *María Valencia, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

Ya no solo es interdisciplinar; se convierte en una transdisciplinariedad viva. Se vuelve práctica que reconoce los límites de la ciencia y el valor de la experiencia situada como fuente de comprensión y acción. Nancy Flores, desde México, vivió esa fusión entre ciencia y oficio cuando trabajó con apicultores de su región:

“He aprendido las maravillas de la apicultura; los conocimientos tan amplios de los apicultores son admirables y su disposición para compartirlos con la comunidad académica es muy enriquecedora (...) Ha sido muy positivo y me da mucho gusto trabajar en un proyecto que no quedará en un laboratorio ni solo en un artículo científico, sino que trasciende las paredes y aporta un beneficio directo a las comunidades que lo necesitan y, a su vez, permite mi desarrollo profesional.”

— *Nancy Flores, Universidad de Colima.*

En esos cruces se siembra la comprensión de que aprender no es conquistar un saber, sino habitarlo junto a otros. La miel que analizan en el laboratorio está impregnada de historias, de prácticas ancestrales, de climas, de afectos y, al reconocerlo, la ciencia gana contexto, rostros y sentidos.

En ese diálogo comprendió que los datos de laboratorio no bastan para entender la vida de las abejas: cada colmena refleja un ecosistema de prácticas, climas y afectos. La ciencia, al abrirse a esas narrativas, gana contexto, sensibilidad y sentido público.

Este tipo de experiencias no solo amplía los métodos del aprendizaje, sino también su horizonte ético. Frente a un mundo atravesado por aceleradas y profundas transformaciones sociales, donde la biotecnología, la inteligencia artificial y la gran data reconfiguran economías, empleos, derechos y vínculos, estas iniciativas enseñan algo fundamental: cómo pensar la complejidad desde la diversidad. En tiempos de transiciones críticas —sociales, energéticas, hídricas y alimentarias—, los estudiantes comprenden que ninguna disciplina puede abordar por sí sola los desafíos del desarrollo sostenible.

“Aprendí a comprender y valorar distintas realidades y necesidades que motivan los emprendimientos de las participantes. También aprendí la relevancia de la colaboración interdisciplinaria, ya que en el equipo de profesores contamos con alumnos de las facultades de Economía y Negocios, Derecho y Filosofía, además de colaborar con administrativos de la Universidad y con personal de la Municipalidad de Santiago, todos colaborando para brindar una buena capacitación a las emprendedoras.”

— *María Chacón, Universidad de Chile.*



Créditos de Fotografía: Universidad de Chile

Desde ahí surge una humildad epistémica: reconocer que la ciencia necesita conversar con la política, con la ciudadanía y con la experiencia local. Es aprender a diseñar soluciones sin perder la escucha; a construir conocimiento como un ejercicio de responsabilidad compartida. Nancy lo expresó con lucidez:

“Solo pensaba en mi desarrollo profesional; no esperaba que la interacción con las comunidades me brindara tantos aprendizajes.”

— *Nancy Flores, Universidad de Colima.*

Esa frase condensa un cambio de escala: de la motivación individual a la conciencia colectiva. Aprender ya no significa acumular saberes, sino vincular el conocimiento con compromiso y comprender que toda acción científica o social contribuye, aunque sea en pequeño, a definir trayectorias para una transición justa. José Remigio, en Perú, lo vivió al estudiar el tráfico ilícito de fauna silvestre:

“Aprendí que el tráfico ilícito de fauna silvestre es un problema mayor de lo que pensaba y que hay muchas personas competentes y valientes interesadas en su protección.”

— *José Remigio, Universidad Católica del Perú.*



Créditos de Fotografía: Universidad de Colima

Su testimonio revela que el aprendizaje no termina en el aula ni en la disciplina; continúa en la forma en que se asumen los desafíos globales desde realidades locales. Lo técnico se vuelve ético; la investigación, acción:

"Aprendí a escuchar, por encima de todo. Muchas veces, desde el rol de la academia, nos acercamos a las comunidades para hablarles únicamente de la teoría y de los estudios antropológicos, de las leyes y de los artículos de investigación que escribimos. Cuando, en realidad, el rol que tenemos es precisamente el de ser colaboradores comunitarios, poner nuestros conocimientos a su servicio y, junto a su experiencia y saberes, generar oportunidades que incidan realmente en su diario vivir y en su vocación de vida."

— *Diana Sarmiento, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

Escuchar se vuelve aquí una forma de conocimiento. En esa escucha activa, el saber deja de ser propiedad de quien enseña para convertirse en un proceso compartido, un puente entre mundos. Los proyectos EPIC invitan a transitar de la teoría a la colaboración situada, donde el conocimiento académico se recontextualiza al servicio de las personas y los territorios. Lo que Diana describe no es solo un cambio metodológico, sino una transformación epistémica: del experto al colaborador, del discurso al diálogo, de la competencia a la cooperación.

"Esperaba entregar conocimientos y herramientas prácticas, pero también obtuve crecimiento personal al conocer sus historias y desafíos; eso enriqueció mi perspectiva."

— *María Chacón, Universidad de Chile.*

Lo que María señala es una dimensión menos visible pero esencial del aprendizaje: la formación de sí misma. Su testimonio recuerda que todo proceso educativo es, al mismo tiempo, un proceso de autoconocimiento. Cada encuentro amplía el entendimiento, pero también la sensibilidad; cada conversación cambia la forma de mirar lo que se creía sabido. En esa experiencia compartida se encarna lo que podríamos llamar una pedagogía de la reciprocidad: aprender con otros para transformarse con ellos. La humildad epistémica, en este sentido, no consiste en dudar de todo, sino en aprender a dudar bien, reconocer los límites del propio saber para abrir espacio al diálogo, a la escucha y a la cooperación.

Cada proyecto, cada interacción, se convierte en un ensayo sobre cómo vivir juntos en la diferencia, cómo pensar colectivamente las soluciones a problemas comunes, cómo volver ético lo técnico y vital lo académico.



Créditos de Fotografía: Universidad de Colima

Así Afrontamos los Desafíos: Sostener(se) en Comunidad

Las experiencias que dieron vida a este escrito no siempre fueron fáciles. Cada proyecto enfrentó sus propios quiebres, tales como, plazos —que a veces parecía que no alcanzaban—, imprevistos logísticos, silencios difíciles o cansancio. Pero en esa fragilidad emergió algo profundamente educativo, la conciencia de que aprender implica sostenerse y ser sostenido.

Sostener no es sólo resistir; es un verbo que conjuga cuidado, interdependencia y esperanza. Implica sostener un propósito cuando las fuerzas flaquean, sostener al otro cuando duda, dejarse sostener cuando uno mismo se quiebra. En esa reciprocidad, el grupo se convierte en más que un equipo de trabajo: deviene una comunidad de apoyo y sentido. La fragilidad, en este marco, no aparece como un obstáculo, sino como un espacio pedagógico; allí donde se desarma la seguridad individual, surge la conciencia de lo común: la certeza de que ningún proceso formativo se sostiene en soledad.



Diversas voces estudiantiles describen este aprendizaje como un tránsito desde la expectativa de control individual hacia la aceptación -no siempre cómoda- de la interdependencia. En este proceso, el trabajo en equipo no estuvo exento de tensiones. Como señala un estudiante:

“Fue complicado coordinar esfuerzos y mantener un enfoque común, ya que algunos integrantes priorizaban objetivos individuales”.

— *Estudiante, Universidad de Colima.*

Sin embargo, estas dificultades no detuvieron los procesos, sino que obligaron a reconfigurarlos colectivamente:

“Podimos superar las dificultades generando más instancias para comentar puntos de vista y momentos de organización entre organizaciones”.

— *Estudiante, Universidad de Chile.*

En este marco, aprender a trabajar en conjunto implicó reconocer que los procesos comunitarios no se sostienen desde la homogeneidad, sino desde la articulación de diferencias. Del mismo modo, María Lucía Rivero (Universidad Autónoma de Bucaramanga) destaca que, pese a los desafíos iniciales, el “trabajo mancomunado e interdisciplinario” y “la suma de esfuerzos” permitieron la consecución de resultados con impacto social, siendo “el trabajo en equipo la clave del éxito”.

En cada grupo se reunieron personas distintas en cuanto a disciplinas, años de formación, edades, lenguajes y expectativas. La coordinación no fue un trámite operativo, sino un laboratorio de convivencia; las y los estudiantes aprendieron a construir acuerdos, definir responsabilidades y, sobre todo, reconocer sus fortalezas.

“Para mejorar el trabajo en equipo, fomentamos una comunicación más clara y constante, asignando roles y responsabilidades específicas a cada integrante, lo que contribuyó a alinear nuestros esfuerzos.”

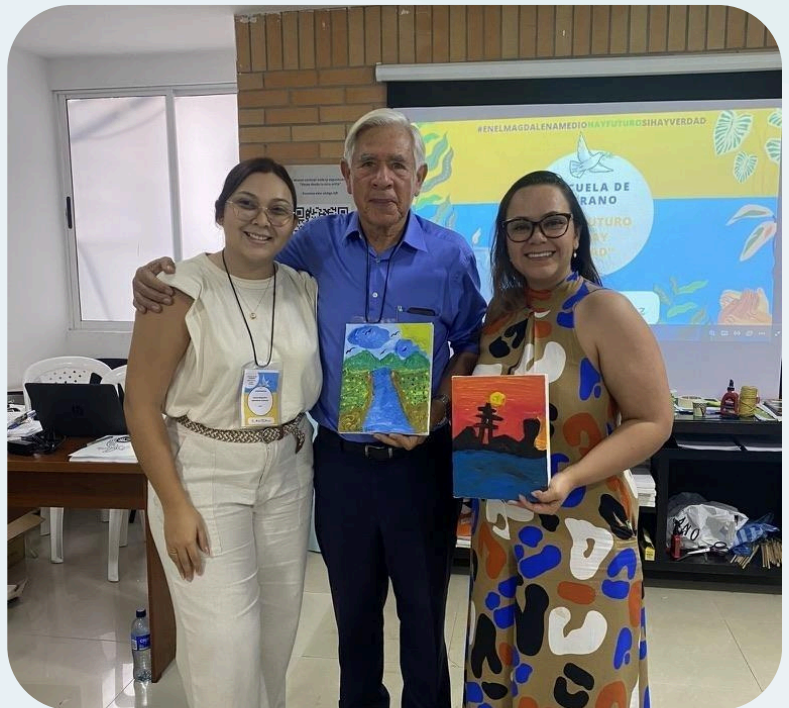
— *Estudiante, Universidad de Colima.*

Por ende, los obstáculos más complejos enunciados por los y las estudiantes raramente fueron técnicos ni académicos. A menudo tuvieron que ver con lo humano: aprender a gestionar el tiempo, compatibilizar las exigencias del proyecto con la carga académica, trabajar en contextos reales con incertidumbre o desplegar habilidades socioemocionales y de práctica profesional de primera línea, como la escucha activa, la empatía o la resolución colaborativa de conflictos.

Lejos de romper los procesos, estas situaciones se convirtieron en espacios de crecimiento, donde cada dificultad operó como una lección sobre cómo sostenerse en lo colectivo.

“Creo que lo más difícil fue entender que no tenía las herramientas psicosociales para ciertos momentos, pero buscamos en el arte y en la memoria un refugio para canalizar el dolor.”

— *Diana Sarmiento,
Universidad Autónoma de
Bucaramanga.*



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Esa vulnerabilidad compartida activó el trabajo en equipo y el cuidado mutuo. Aprendieron a sostenerse entre pares, a celebrar juntos los logros y a transformar los errores en experiencia.

“Había que ajustarse, y eso nos enseñó a priorizar, a confiar en que el otro cumpliría, a comunicarnos mejor.”

— *María Chacón, Universidad de Chile.*

“Para superar estos desafíos, aprendí a administrar el tiempo, organizar mis actividades y priorizar tareas. Estas herramientas, adquiridas gracias a mi participación en el proyecto, me han permitido destacarme tanto académica como profesionalmente.”

— *María Rivero, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

Si algo atraviesa todas las voces, es la conciencia de que aprender no es dominar, sino confiar. Confiar en los compañeros, en los docentes, en las comunidades y en la universidad que los respalda. La colaboración no exige uniformidad; no se trata de pensar igual, sino de caminar juntos hacia un propósito común, y en ese andar compartido, las diferencias pueden convertirse en una fuente de creatividad y no necesariamente en conflicto. Esa descripción concreta encierra un aprendizaje mayor: la organización como forma de cuidado. Coordinar como un acto de empatía implica anticipar el cansancio del otro, ajustar ritmos y reconocer que cada proceso colectivo tiene su propio **tempo**.

En términos pedagógicos, este trabajo encarna la lógica del aprendizaje colaborativo, son saberes que se adquieren en la interacción, la co-creación y la deliberación. La colaboración no consiste en repartir tareas, sino en multiplicar el sentido. La colaboración no consiste en repartir tareas, sino en multiplicar el sentido.

“Asimismo, es posible destacar que el trabajo en equipo y las sinergias construidas fueron importantes para alcanzar objetivos comunes. La organización y proactividad de cada miembro fue destacable.”

— *Shirley Bautista, Pontificia Universidad Católica del Perú.*



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

El liderazgo, entonces, dejó de entenderse como dirección jerárquica y vertical para transformarse en algo distribuido y horizontal. En esa transición, los grupos devinieron incluso comunidades de práctica, espacios donde las diferencias dejaron de ser obstáculos y pasaron a ser fuente de aprendizaje.

En medio de estas dinámicas, se destaca con frecuencia el rol docente. Profesores que no aparecieron solo transmitiendo contenidos, sino también cuidando estos procesos. Fueron mediadores entre la universidad y el territorio y entre los estudiantes y sus propios límites.

“Nuestro profesor nos ayudó a mejorar en los aspectos técnicos, pero también nos enseñó a escucharnos, a confiar en lo que podíamos hacer como equipo.”

— *Estudiante, Universidad de Colima.*

Ese acompañamiento permitió mantener el horizonte común cuando surgían tensiones y aseguró que el aprendizaje siguiera siendo una experiencia de crecimiento, no de desgaste. En el marco EPIC, esta figura docente aporta de manera significativa a la sostenibilidad pedagógica, para que la vinculación no dependa del voluntarismo, sino de estructuras para la reflexión, la evaluación y el bienestar.

Que lo Superior sea la Educación

Al reflexionar sobre sus experiencias, las y los estudiantes que participaron en los proyectos EPIC coincidieron en una certeza: este tipo de experiencias debería dejar de ser la excepción para convertirse en parte estructural de la educación universitaria. No se trata solo de añadir un módulo de terreno o un curso con componente social, sino de repensar el modo mismo en que la universidad se relaciona con el aprendizaje, la sociedad y el conocimiento.

Muchos lo expresaron con claridad: si algo transforma estas experiencias, es que conectan la teoría con la vida, los conceptos con los cuerpos, las aulas con los territorios.

El Deseo de Permanecer

Las recomendaciones que emergen de los testimonios son, al mismo tiempo, propuestas de sostenibilidad. Todo esto fue posible porque la universidad no observó desde lejos, acompañaron desde las facultades, equipos docentes y la red EPIC, ofrecieron guía, espacios, recursos y sobre todo validación.

“Siempre sentimos respaldo”, repiten muchos estudiantes.

Respaldo para intentar, equivocarse y volver a empezar. Ese sentir respaldo es una forma de confianza institucional, el reconocimiento de que el aprendizaje no se mide solo en resultados, sino también en procesos, vínculos y experiencias. Detrás de cada proyecto exitoso hubo una institución que acompañó, validó y reconoció.

Sin embargo, los propios participantes saben que mantener vivas estas experiencias exige más que entusiasmo o voluntad: requiere estructura, acompañamiento y continuidad. La colaboración con comunidades no debería depender del compromiso individual, sino estar amparada por políticas universitarias que garanticen su permanencia, legitimidad y articulación.

“Fortalecer el respaldo institucional en futuros proyectos, y con ello evidenciar la importancia del rol de las universidades en general en acompañar los proyectos de la Clínica.”

— Shirley Bautista, Pontificia Universidad Católica del Perú.

Su observación apunta a una comprensión madura de lo que implica hacer sostenible un modelo. La sostenibilidad en la educación superior siempre es multidimensional: abarca lo estructural, lo pedagógico, lo cultural, lo financiero y lo simbólico. Implica construir mecanismos institucionales que aseguren la continuidad y la coherencia entre la misión universitaria y las prácticas cotidianas; integrar las experiencias de vinculación con el medio en los planes de estudio, reconociendo su valor formativo; y fortalecer las redes de colaboración que sostienen una cultura académica comprometida con la sociedad.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

En el campo de la gestión universitaria, se entiende que la sostenibilidad no se garantiza únicamente por los recursos, sino por la coherencia estratégica, cuando la práctica y la política apuntan en la misma dirección y los procesos formativos se alinean con los valores que la institución declara. Una universidad sostenible es aquella que mantiene vivo su propósito y logra traducirlo en políticas, incentivos y estructuras que lo acompañan a lo largo del tiempo. EPIC demuestra que es posible crear aprendizajes que combinan rigor y sensibilidad, técnica y sentido. Pero su permanencia dependerá de que las universidades asuman esta responsabilidad de manera colectiva, incorporando la vinculación con el medio como parte de su núcleo formativo y no como una extensión periférica.

“La universidad debe continuar su apuesta por establecer alianzas con entidades públicas, organismos de cooperación internacional y organizaciones de la sociedad civil para la realización de este tipo de proyectos. La consecución de recursos a través de fuentes y convocatorias externas resulta esencial para lograr mayores y mejores resultados.”

— *María Rivero, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

Ahora, si bien la institucionalización significa darle estructura a lo que merece continuidad, también puede implicar un riesgo, es decir, que la formalidad apague el impulso original. Los estudiantes lo saben y lo dicen entre líneas. Por eso, las propuestas más valiosas no hablan solo de financiamiento, sino también de legitimidad. Que el aprendizaje en territorio, la interacción con comunidades y la producción colaborativa de conocimiento sean reconocidos como prácticas académicas legítimas, evaluables y transferibles. Institucionalizar sin perder el espíritu EPIC implica encontrar un equilibrio entre estructura y flexibilidad, entre permanencia y creatividad.

“La cooperación, hasta donde llegamos los jóvenes, con el respaldo de diversas entidades, demuestra que podemos liderar proyectos de impacto.”

— *Florangel Camargo, Pontificia Universidad Católica del Perú.*

Lo que antes era un proyecto puntual se convierte en una práctica de formación integral, en la que cada carrera asume su papel en la construcción del vínculo universidad–sociedad. Para ello se requiere que las universidades fortalezcan sus políticas de vinculación con el medio, articulando redes entre facultades, institutos y actores públicos. No se trata de “sumar actividades”, sino de integrar misiones. Que la docencia, la investigación y la extensión dialoguen de manera continua y sin jerarquías, produciendo aprendizajes colectivos que trascienden los muros institucionales.

Esa es la forma más profunda de sostenibilidad, cuando una experiencia deja de depender de un ciclo o una persona, y pasa a formar parte de una cultura universitaria compartida.

Hacia una Educación con Sentido

Pensar en sostenibilidad nos conduce inevitablemente a una pregunta mayor: ¿para qué y para quién queremos que la universidad se sostenga? La respuesta, como tantas veces, no está solo en los diagnósticos ni en los indicadores, sino en el sentido que atribuimos a la educación.



La universidad no nació únicamente para producir resultados, sino para sostener un deseo: el deseo de conocer. Ese impulso que atraviesa la historia humana y que, más que una necesidad, es una forma de esperanza. En sus orígenes, la universidad fue una comunidad de maestros y aprendices, un espacio de diálogo en el que la búsqueda de la verdad estaba inseparable de la formación moral y ciudadana. Hoy, en una sociedad atravesada por la velocidad, la especialización y la tecnificación, recuperar ese espíritu no es un gesto romántico, sino una urgencia.

La universidad contemporánea, si quiere seguir siendo relevante, debe reconocerse como una comunidad de sentido. No una fábrica de competencias ni una vitrina de logros, sino un lugar donde el conocimiento se construye con conciencia, donde se aprende a pensar sin renunciar a sentir. Esta dimensión no compite con la innovación ni con el desarrollo científico; los orienta y les da propósito. La ciencia sin dirección ética se convierte en cálculo; la técnica sin mirada reflexiva, en simple herramienta.

La sostenibilidad universitaria no se mide únicamente por indicadores externos, sino por su capacidad para mantener vivo el propósito de garantizar que cada estudiante, cada docente y cada comunidad que se vincula a ella reconozcan en la universidad un espacio de crecimiento personal y colectivo, de pensamiento y de servicio.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

En América Latina y el Caribe, esta pregunta por el sentido no puede separarse de la historia. Desde sus orígenes, las universidades de la región han estado entrelazadas con los procesos de emancipación, de justicia social y de construcción democrática. Han sido semilleros de pensamiento crítico, motores de movilidad social, espacios donde se gestaron políticas públicas, culturas científicas y movimientos sociales. En esta parte del mundo, educar ha sido siempre un modo de responder a las urgencias colectivas.

Las experiencias EPIC se inscriben en esa tradición y la reavivan al recuperar la función pública de la educación superior como práctica de diálogo, de justicia y de compromiso con el territorio. En medio de desigualdades estructurales, crisis políticas y desafíos ambientales, la universidad vuelve a ser llamada a pensarse a sí misma, a revisar sus métodos y su propósito. En palabras de una estudiante, esa reflexión no se queda en lo abstracto, sino que se traduce en acción concreta:

“Dar una perspectiva humana a los conocimientos teóricos que me impartían en las aulas. Ir más allá de las normas que consagran derechos para contribuir a su materialización. Aportar a la visibilización y sensibilización sobre los procesos en los ámbitos académico y comunitario. Ayudar a superar estigmas y estereotipos sobre la población migrante. No podía seguir impávida ante la realidad que vivían miles de migrantes en las calles de mi ciudad.”

— *María Rivero, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

Su testimonio condensa lo que muchos estudiantes experimentaron: el tránsito de la teoría al compromiso. La educación, cuando se enraíza en la realidad social, se convierte en una práctica de responsabilidad y empatía.

“La experiencia fue enriquecedora en términos académicos y profesionales; trabajar con organizaciones de base me permitió comprender el empoderamiento comunitario como una tarea ética y colectiva.”

— *María Valencia, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

Ambas voces revelan cómo la experiencia universitaria puede transformarse en un proceso de conciencia pública y de ética profesional. No se trata solo de aprender una disciplina, sino de entender su relevancia para los demás; de descubrir que el conocimiento adquiere sentido cuando se comparte y se pone al servicio del bienestar común.

Lo que está en juego no es solo la pertinencia académica, sino también la relevancia humana de lo que enseñamos y aprendemos. Llamamos “educación superior” a la que se imparte en las universidades, pero su valor no radica en la propia jerarquía del término. Lo **superior** debería nombrar la altura de sus propósitos, como la capacidad de elevar a las personas y comunidades con las que trabaja, de inspirar, de vincular, de transformar.

Porque cada estudiante que regresa a una comunidad, cada docente que reformula su clase a partir de lo vivido, cada universidad que decide acompañar en lugar de observar ensancha los límites de lo posible.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Reflexiones para un Futuro Compartido

Mirar hacia Adelante: Deseos de Continuidad

Al finalizar los proyectos, la mayoría de las y los estudiantes coincidieron en algo esencial: quisieran volver a hacerlo. Más allá de las exigencias académicas o de las horas de terreno, en sus palabras aparece un deseo genuino de continuidad, de permanecer en espacios donde el conocimiento conserve su vínculo con la vida y su sentido social.

“Definitivamente, me gustaría participar en proyectos similares, ya que representan una oportunidad para seguir aprendiendo y contribuir a mi entorno.”

— *María Chacón, Universidad de Chile.*

Para muchos, el cierre del proyecto no fue un punto final, sino una transición. Las experiencias EPIC despertaron vocaciones, redefinieron trayectorias y reafirmaron compromisos. Lo que comenzó como un ejercicio de aprendizaje se convirtió en una práctica de sentido: el conocimiento dejó de ser un medio para aprobar y se transformó en una forma de pertenecer, de incidir, de construir comunidad.

“Quiero continuar cerca del trabajo comunitario en materia de paz; sueño con abrir un podcast en el que la comunidad pueda contar sus historias.”

— *Diana Sarmiento, Universidad Autónoma de Bucaramanga.*

En su deseo de continuidad se adivina algo más profundo: la necesidad de permanecer en el diálogo, de seguir tejiendo redes que conecten lo académico con lo social. Los proyectos EPIC, al vincular saberes con realidades, despiertan una vocación que no se apaga al final del semestre, sino que persiste como horizonte ético y profesional.

Consejos para Quienes Vienen

Cuando los estudiantes EPIC miran hacia el futuro, sus consejos no suenan a fórmulas, sino a aprendizajes vitales. Invitan a la participación de sus pares y recomiendan actitudes antes que métodos: abrirse al encuentro, mantener la curiosidad, cultivar la humildad y perseverar incluso en la incertidumbre.

“Que tengan la conciencia de que están aportando a un objetivo valioso, que sepan que las cosas no siempre toman el camino planteado inicialmente y que no teman hacer todas las preguntas necesarias.”

— José Remigio, Pontificia Universidad Católica del Perú.

“Les aconsejo involucrarse sin dudar. Estas experiencias ofrecen un crecimiento personal y profesional invaluable y permiten generar un impacto positivo en la sociedad (...) Recomendaría que disfruten el proceso; son proyectos que a veces son complejos de iniciar y de encontrar gente que se anime a participar, pero al final vale todo el esfuerzo cuando uno ve los resultados finales.”

— Nicolás Ayara, Universidad de Chile.



Créditos de Fotografía: Universidad Autónoma de Bucaramanga

Sus palabras condensan una pedagogía del compromiso, aprender haciendo, preguntar sin miedo, involucrarse sin certezas, sostener procesos con otros. Son consejos que combinan prudencia y entusiasmo; es una sabiduría práctica nacida de la experiencia propia de quien ya transitó la complejidad de la práctica y encontró en ella sentido, que no idealiza la acción social, pero reconoce su potencia formativa.

"El momento significativo es el cierre de semestre, donde se presenta cada reporte de los casos llevados a cabo durante el semestre. Es gratificante visualizar el caso, el balance del proceso de aprendizaje y la exposición del producto final al que se llega mediante el caso."

— Shirley Bautista, Pontificia Universidad Católica del Perú.



Créditos de Fotografía: Universidad de Chile

En cada testimonio se percibe una gratitud tranquila, una conciencia del valor de haber vivido la experiencia completa: el diagnóstico, la duda, el encuentro, la entrega. Lo que queda de cada experiencia no es un producto, sino una disposición. La disposición a escuchar, a trabajar con otros, a reconocer los límites del propio saber. Quienes pasaron por estos proyectos no solo aprendieron a pensar mejor, sino también a convivir mejor.

“Fue una experiencia transformadora que me permitió crecer como persona y profesional, dejando una huella significativa en mi formación.”

— Nicolás Ayara, *Universidad de Chile*.

Esta voz revela que el aprendizaje más duradero no está en los resultados, sino en los valores activados: la confianza, la justicia, la solidaridad y la esperanza. Así, cada estudiante, al despedirse del proyecto, deja algo más que un informe o un producto: una semilla de corresponsabilidad. Porque lo que EPIC enseña, en el fondo, es que toda transformación auténtica comienza por la capacidad de mirar con los otros, de poner el conocimiento al servicio de lo común y de sostener el entusiasmo incluso en la incertidumbre.

Quizá por eso, cuando hablan de futuro, ninguno dice “terminé”, sino “quiero continuar”. Continuar participando, aprendiendo, compartiendo. Continuar creyendo que la universidad puede ser un lugar desde el que el saber se haga diálogo y el diálogo, acción transformadora. Ese es el verdadero legado de estas experiencias: haber descubierto que aprender también es un acto de esperanza y que cada colaboración, por pequeña que sea, abre la posibilidad de un mundo más justo, más empático y humano.

Agradecimientos

Este compendio es el resultado de una colaboración entre universidades, docentes y estudiantes de distintos países de América Latina que forman parte de la Red EPIC-LATAM.

Agradecemos profundamente a quienes hicieron posible esta publicación y compartieron sus experiencias, testimonios y aprendizajes. Cada testimonio aquí reunido es una muestra de la riqueza y diversidad de la red, así como del potencial que surge cuando la universidad se vincula con las comunidades y las pone en el centro de su quehacer.

Participantes y Universidades

- María Thereza Valencia Gallardo, Abogada y Estudiante de Magíster en Derechos Humanos, Universidad Industrial de Santander – Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia.
- María Lucía Rivero Arenas, Abogada, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia.
- Diana Alejandra Sarmiento Pedraza, Abogada, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia.
- Florangel Ximena Camargo Piñán, Egresada de Derecho, Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), Perú.
- Shirley Mercedes Bautista Atanacio, Estudiante de Derecho, PUCP, Perú.
- José César Remigio Santos Farfán, Estudiante de Derecho, PUCP, Perú.
- Nicolás Ayara, Estudiante de Ingeniería Comercial, mención Ciencias de la Administración, Universidad de Chile, Chile.
- María Jesús Chacón Chacón, Estudiante de Ingeniería Comercial, Universidad de Chile, Chile.
- Nancy Yaridia Flores Hernández, Estudiante de Doctorado en Ciencias Químicas, Universidad de Colima, México.
- Participante Anónimo (22 años), Estudiante de Licenciatura en Biología, Universidad de Colima, México.

